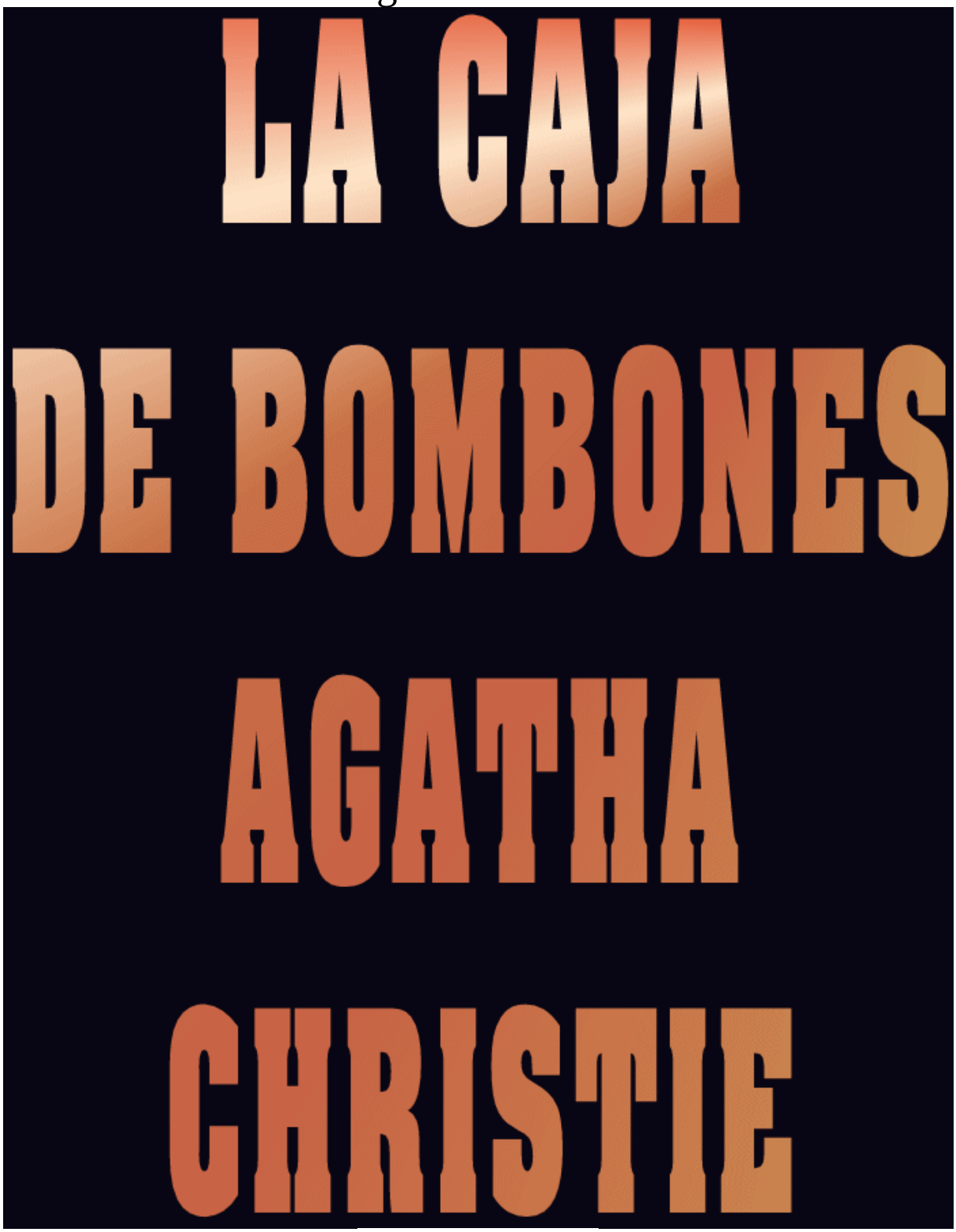
LA CAJA DE BOMBONES

Agatha Christie



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Era una noche tormentosa. En el exterior, el viento silbaba siniestramente y ráfagas de lluvia azotaban las ventanas.

Poirot y yo nos hallábamos sentados ante la chimenea, las piernas extendidas al amor del alegre fuego. Entre nosotros había una mesita; en mi lado descansaba un vaso de ponche caliente cuidadosamente dosificado; del lado de Poirot se veía una taza de chocolate espeso, que yo no hubiera bebido ni por cien libras. Poirot tomó un sorbo de aquella masa marrón contenida en la taza de porcelana rosada y exhaló un suspiro de satisfacción.

-Quelle belle vie! -murmuró.

-Sí, este viejo mundo es magnífico -asentí-. Yo, con un buen empleo, ¡y qué empleo! Y usted es famoso...

-¡Oh, mon ami! -protestó Poirot.

-Lo es. ¡Y con razón! Cuando pienso en su larga serie de éxitos, me quedo de veras maravillado. ¡No creo que sepa usted lo que es un fracaso!

-¡El que pudiera decir esto sería un bromista o un ejemplar fuera de serie!

-No, hablo en serio. ¿Ha fracasado alguna vez?

-Innumerables veces, amigo mío. ¿Qué se imaginaba? No se puede tener siempre la bonne chance. A veces he sido llamado demasiado tarde. Muy a menudo alguien, empeñado en alcanzar la misma meta, ha dado primero con la solución. Por dos veces caí enfermo cuando estaba a punto de alcanzar el éxito. Se tiene que apechugar con los malos momentos, amigo mío.

-No quería decir esto exactamente -repuse-. Me refería a si alguna vez ha fracasado por culpa suya.

-¡Ah, comprendo! ¿Me pregunta si alguna vez me he comportado como el «rey de los asnos» como dicen ustedes por estas tierras? Una vez, amigo mío... -Una sonrisa lenta y meditativa se reflejó en su rostro-. Sí, una vez hice el ridículo.

Se irguió súbitamente en su butaca.

-Mire, amigo mío, sé que guarda un archivo de mis modestos éxitos. Podrá añadir una historia más a la colección: ¡la historia de un fracaso!

Se inclinó y echó un leño al fuego. Luego, tras haberse frotado las manos con el paño que colgaba de un clavo junto a la chimenea, se acomodó de nuevo y empezó su relato.

-Lo que le cuento -dijo monsieur Poirot- ocurrió en Bélgica hace muchos años. Fue en la época de la terrible lucha entre la Iglesia y el Gobierno francés. El señor Paul Déroulard era un brillante diputado francés. Se daba por descontado que le nombrarían ministro. Era el más acérrimo militante del partido anticatólico, y cuando subiera al poder tendría que enfrentarse a enemigos poderosos. En muchos aspectos era un hombre peculiar. Aunque no bebía ni fumaba, no siempre se mostraba tan escrupuloso en otros sentidos. Me entiende, Hastings, c'était des femmes, toujours des femmes!

»Algunos años antes se había casado con una damita de Bruselas que aportó una dote sustanciosa. Indudablemente el dinero le fue útil en su carrera, pues su familia no era rica, aunque, por otra parte, podía usar el título de Monsieur le Baron si le daba la gana. El matrimonio no tenía hijos, y su mujer falleció al cabo de dos años... a consecuencia de una caída en la escalera. Entre las propiedades que le legó su esposa figuraba una casa en la Avenida Louise, de Bruselas.

»Fue en esta casa donde él murió repentinamente, coincidiendo el luctuoso suceso con la dimisión del ministro cuya cartera tenía que heredar. Su muerte repentina, ocurrida por la noche, después de la cena, fue atribuida a un fallo cardíaco.

»Por aquel entonces, mon ami, como usted sabe, yo formaba parte de la Brigada de Investigación belga. La muerte del señor Paul Déroulard no ofrecía ningún interés particular para mí. Soy, como sabe muy bien, bon catholique, y su óbito me pareció oportuno.

»Fue tres días después, recién comenzadas mis vacaciones, cuando recibí la visita... de una dama; su rostro estaba cubierto por un tupido velo, pero evidentemente era muy joven; y en seguida percibí que se trataba de une jeune fille tout á fait comme il faut.

»-¿Es usted monsieur Hércules Poirot? -me preguntó con voz baja y armoniosa.

»Me incliné en una leve reverencia.

»-¿De la Brigada de Investigación?

»Me incliné nuevamente.

»-Tome asiento, mademoiselle, por favor -le dije. Aceptó una silla y se levantó el velo. Su rostro era encantador, aunque desfigurado por las lágrimas y por una expresión de continua angustia.

»-Monsieur -dijo ella-. Tengo entendido que está de vacaciones. Por tanto estará libre para poder hacerse cargo de un caso de índole particular. Comprenda que no deseo que intervenga la policía. »Meneé la cabeza.

»-Me temo que lo que me pide sea imposible, mademoiselle. Aunque esté de vacaciones sigo perteneciendo a la policía.

»Ella se inclinó hacia adelante.

»-Écoutez, monsieur. Todo cuanto le pido es que investigue. Queda usted en absoluta libertad de comunicar el resultado de sus investigaciones a la policía. Si lo que me imagino resulta ser cierto, necesitaremos de toda la maquinaria de la ley.

»Esto cambiaba en cierta manera el cariz del asunto y me puse sin más a su disposición.

»Un suave color rosado coloreó sus mejillas.

»-Gracias, monsieur. Lo que pretendo que usted investigue es la muerte del señor Paul Déroulard.

»-Comment? -exclamé, sorprendido.

»-Monsieur, no tengo nada en que apoyarme... nada, salvo mi instinto femenino, pero estoy convencida, le repito, convencida, ¡de que el señor Déroulard no falleció de muerte natural!

»-Sin embargo, seguramente los médicos...

»-Los médicos pueden estar equivocados. Era tan robusto, tan fuerte. Ah, monsieur Poirot, le suplico que me ayude...

»La pobre niña estaba casi fuera de sí. Se habría hincado de rodillas ante mí. La calmé lo mejor que supe.

»-Le ayudaré, mademoiselle. Casi le aseguraría que sus temores son infundados, pero ya veremos. Primero, le ruego que me describa a los residentes de la casa.

»-Están, claro, las sirvientes: Jeannette, Félicie y la cocinera Denise. Ésta hace muchos años que sirve en la casa; las otras son muchachas venidas del campo. También contamos con François, pero también él es un antiguo criado. Luego la madre de monsieur Déroulard, que vivía con él, y yo; misma. Me llamo Virginie Mesnard. Soy prima, pobre, de la difunta madame Déroulard, la esposa del señor Paul, y he convivido con ellos durante más de tres años. Además, en la casa teníamos a dos invitados.

»-¿Quiénes eran?

»-El señor de Saint Alard, un vecino del señor Déroulard en Francia. Y un amigo inglés: el señor John Wilson.

»-¿Siguen todavía con ustedes?

»-El señor de Saint Alard se fue ayer.

»-¿Y cuál es su plan, mademoiselle Mesnard?

»-Si quiere puede presentarse en casa dentro de media hora; habré preparado una excusa para justificar su presencia. Creo que lo mejor es hacerle pasar por una persona más o menos relacionada con el periodismo. Diré que ha venido de París, con una tarjeta de presentación de parte del señor de Saint Alard. Madame Déroulard está muy delicada de salud y apenas prestará atención a los detalles. »Gracias al ingenioso pretexto de mademoiselle fui admitido en la casa, y tras una breve entrevista con la madre del diputado fallecido, una señora de magnífica presencia y porte aristocrático, aunque era evidente su precaria salud, se puso la casa a mi disposición. Me pregunto, amigo mío -prosiguió Poirot-, si puede hacerse una idea de las dificultades de mi tarea. Se trataba de un hombre cuya muerte había ocurrido hacía tres días. Si hubo en ella juego sucio, sólo cabía una posibilidad: ¡veneno! Y yo no había tenido ocasión de ver el cadáver, ni existía posibilidad de examinar, o analizar, ningún objeto con el cual se hubiera podido administrar el veneno. No se tenían indicios, falsos o no, que considerar. ¿Le habían envenenado? ¿Había fallecido de muerte natural? Yo, Hércules Poirot, sin nada en que basarme, tenía que decidir.

»Primero, me entrevisté con los sirvientes, y con su ayuda recapitulé los sucesos de aquella noche. Presté especial atención a la comida servida en la cena, y el modo en que se sirvió. La sopa la había distribuido el mismo señor Déroulard de una sopera. Luego una fuente de chuletas y después un pollo. Por último una compota de frutas. Y todo dispuesto encima de la mesa, y servido por el propio señor Déroulard. Trajeron el café a la misma mesa donde cenaron, en una cafetera. Por tanto, mon ami.., ¡imposible envenenar a uno sin envenenarlos a todos!

»Después de la cena madame Déroulard se retiró a sus aposentos en compañía de mademoiselle Virginie. Los tres hombres, tras pasar al estudio del señor Déroulard, estuvieron charlando amigablemente durante un rato. De repente, sin más, el diputado cayó pesadamente al suelo. El señor de Saint Alard salió precipitadamente de la estancia para ordenar a François que corriera en busca de un médico. Dijo que sin duda se trataba de una apoplejía, explicó el criado. Pero cuando el doctor llegó, el señor Déroulard había fallecido.

»El señor John Wilson, a quien fui presentado por mademoiselle Virginie, era lo que en aquella época se tenía como el prototipo del inglés corriente, un John Bull de edad madura y corpulento. Su versión, expuesta en un francés muy británico, fue sustancialmente la misma: "Déroulard enrojeció repentinamente y se vino al suelo."

»Por ese lado no se podía encontrar nada más. A continuación me dirigí al escenario de la tragedia, el estudio, y a petición mía me dejaron solo. Hasta aquí no había nada que sustentara la teoría de mademoiselle Mesnard. Lo único que cabía pensar es que se trataba de una idea sin fundamento de la joven. Evidentemente había profesado una romántica pasión por el difunto, lo cual le impedía considerar el caso desde un punto de vista normal. A pesar de ello, registré el estudio con gran minuciosidad. Entraba dentro de lo posible que hubieran introducido en el sillón del muerto una aguja hipodérmica dispuesta de forma que la víctima recibiera un pinchazo fatal. La diminuta marca dejada, probablemente pasaría inadvertida. Pero no pude descubrir ningún indicio que apoyara esta teoría. Me dejé caer en la butaca con un gesto de desesperación.

»-Enfin, ¡abandono! -exclamé en voz alta-. ¡No hay ningún indicio! Todo es perfectamente normal.

»Mientras pronunciaba estas palabras mi vista se detuvo en una caja de bombones situada en una mesa contigua, y el corazón me dio un salto. Podía no ser un indicio relacionado con la muerte del señor Déroulard, pero por lo menos allí existía algo que no era normal. Levanté la tapa. La caja estaba llena, sin tocar; no faltaba ni un bombón, pero eso hacía aún más notable la peculiaridad que habían captado mis ojos. Pues, sepa usted, Hastings, que la caja era de color rosa, pero la tapa era azul. Ahora bien, a veces se puede ver

una caja rosa adornada con un lazo azul, o al revés, pero la caja de un color y la tapa de otro... no, decididamente no... ça ne se voit jamáis!

»Todavía no percibía si aquel pequeño incidente podía serme de alguna utilidad, sin embargo resolví investigarlo por el mero hecho de que se salía de lo corriente. Pulsé el timbre para que acudiera François, y le pregunté si a su difunto señor le gustaban los bombones. Una leve sonrisa melancólica afloró a sus labios.

»-Le apasionaban, monsieur. Siempre tenía una caja de bombones en casa. No tomaba vino de ninguna clase, ¿sabe usted?

»-No obstante, esta caja está intacta -Levanté la tapa para que lo viera.

»-Perdone, monsieur, pero esta caja es nueva, adquirida el día de su muerte, pues la otra estaba casi acabada.

»-Así la otra caja se terminó el día de su muerte -dije lentamente.

»-Sí, monsieur, la encontré vacía por la mañana y, la tiré.

»-¿El señor Déroulard comía bombones a cualquier hora del día?

»-Habitualmente después de cenar, monsieur.

»Empecé a ver claro.

»-François -dije-, ¿sabe ser discreto?

»-Si es necesario, sí, monsieur.

»-Bon! Sepa, entonces, que soy de la policía. ¿Puede encontrarme la otra caja?

»-Sin duda, monsieur. Estará en el cubo de la basura.

»Salió, y al cabo de pocos momentos regresaba con un objeto cubierto de polvo. Era el duplicado de la caja que yo sostenía excepto por el hecho de que ahora la caja era azul y la tapa rosa. Di las gracias a François, encareciéndole una vez más que se mostrara discreto, y abandoné la casa de la Avenue Louise precipitadamente.

»Acto seguido fui a visitar al doctor que asistió al señor Déroulard. Mi entrevista con él no fue nada fácil. Se parapetó tras un muro de docta fraseología, pero tuve la impresión de que no estaba tan seguro del caso como pretendía.

»-Han ocurrido infinidad de incidentes de este tipo -dijo, tras haber logrado que se confiara un poco-. Un repentino acceso de furor, una emoción violenta, tras una copiosa cena, c'est entendu, entonces, con el berrinche, la sangre fluye a la cabeza, y ¡zas..., ya está!

»-Pero el señor Déroulard no fue presa de ninguna emoc¡ón violenta.

»-¿No? Me cercioré de que había sostenido un tremendo altercado con el señor de Saint Alard.

»-¿A qué se debió?

»-C'est évident! -El doctor se encogió de hombros-. ¿Acaso el señor de Saint Alard no era un católico fanático? La amistad que existía entre ambos se resentía por causa de esa cuestión entre Iglesia y Estado. No pasaba un día sin que surgieran discusiones. Para el señor de Saint Alard, su amigo Déroulard casi le parecía el Anticristo.

»Esto era inesperado y me dio materia para reflexionar.

»-Una pregunta más, doctor: ¿sería posible introducir una dosis fatal de veneno en un bombón?

»-Es posible, supongo -dijo el doctor lentamente-. Ácido prúsico puro sería lo adecuado, siempre que no hubiera posibilidad de evaporación, y una diminuta píldora de cualquier cosa podría ser tragada sin notarla... pero no me parece plausible. Un bombón lleno de morfina o de estricnina... -Hizo una mueca-. Comprenda, señor Poirot, ¡bastaría un mordisco! La persona engañada no podría permitirse hacer cumplidos.

»-Gracias, monsieur le Docteur.

»Salí. Luego hice averiguaciones en varias farmacias, sobre todo en aquellas que se hallaban cerca de la Avenue Louise. Es estupendo pertenecer a la policía. Obtuve la información que deseaba sin ninguna dificultad. Sólo en un caso me respondieron haber

despachado un veneno destinado a la casa en cuestión. Se trataba de unas gotas para los ojos, compuestas de sulfato de atropina, para la señora Déroulard. La atropina es un veneno poderoso, y por un instante me sentí optimista, pero los síntomas de un envenenamiento por atropina son muy semejante a los causados por ptomaína, y no se asemejan en nada a los que estaba estudiando. Además, la receta databa de mucho tiempo atrás. Madame Déroulard sufría de cataratas en ambos ojos desde hacía muchos años.

»Descorazonado, ya me iba cuando la voz del farmacéutico me hizo retroceder.

»-Un momento, monsieur Poirot. Ahora recuerdo, la chica que trajo esa receta dijo algo acerca de que tenía que llegarse a la farmacia inglesa. Puede intentar allí.

»Así lo hice. Imponiendo una vez más mi jerarquía oficial, obtuve la información que quería. La víspera de la muerte del señor Déroulard habían despachado una receta para el señor John Wilson. El medicamento no necesitaba ser preparado. Simplemente consistía en unos comprimidos de trinitrina. Pregunté si podía ver algunos. El farmacéutico me los mostró y sentí que el corazón me latía más aprisa... pues los comprimidos eran de chocolate.

»-¿Es un veneno? -inquirí.

»-No, monsieur.

»-¿Puede usted usted describirme sus efectos?

»-Baja la tensión arterial. Son adecuados para algunos tipos de dolencias cardíacas, angina de pecho por ejemplo. Son vasodilatadores. En la arteriosclerosis...

»Le interrumpí.

»-Ma foi! Todo ese galimatías no me aclara nada. ¿Hace que la cara se ponga colorada?

»-Ciertamente.

»-Y suponiendo que yo tomara diez o veinte de esos pequeños comprimidos, ¿qué pasaría?

»-No le aconsejaría que lo hiciese -replicó secamente.

»-Y sin embargo, ¿dice que no es un veneno?

«-Existen muchísimas cosas a las que no llamamos veneno y sin embargo pueden matar a un hombre -replicó en el mismo tono seco de antes.

»Salía de la farmacia alborozado. ¡Por fin las cosas empezaban a marchar!

»Ahora sabía que John Wilson dispuso del medio adecuado para cometer el crimen, pero ¿y respecto al móvil? Se había trasladado a Bélgica por negocios, y pidió al señor Déroulard, al que no conocía mucho, que le hospedara. Aparentemente no existía ninguna razón para que la muerte de Déroulard le beneficiara. Por otra parte, por unas investigaciones que hice en Inglaterra, descubrí que desde años atrás padecía de esa dolorosa enfermedad cardíaca llamada angina de pecho. Por tanto, era lógico que poseyera esos comprimidos. Sin embargo, yo estaba convencido de que alguien había tocado la caja de bombones, tras abrir primero, por error, la caja llena. Luego de haber vaciado el último bombón lo llenó con los comprimidos de trinitrina. Los bombones eran de gran tamaño. Estaba seguro de que habían puesto de veinte a treinta comprimidos. Pero ¿quién lo hizo?

»En la casa había dos invitados. John Wilson tuvo el medio. Saint Alard el móvil. Recuerde, era un fanático, y no hay peor fanático que el religioso. ¿Pudo él, por algún medio, hacerse con la trinitrina de John Wilson?

»Entonces se me ocurrió otra pequeña idea. ¡Ah! ¡Se sonríe usted de mis pequeñas ideas! ¿Por qué Wilson se había quedado sin trinitrina? Seguramente trajo consigo de Inglaterra una adecuada cantidad. Una vez más visité la casa de la Avenue Louise. Wilson se hallaba ausente, pero hablé con Félicie, la chica encargada de hacerle la habitación. Le pregunté de improviso si era cierto que el señor Wilson se le había extraviado en los últimos días un frasco en su lavabo. La chica contestó con vehemencia. Era totalmente cierto. Incluso le echaron la culpa a ella. Por lo visto, el caballero inglés creía que ella lo había roto y no quería

confesarlo, pero la verdad era que ni siquiera lo tocó. Sin duda la culpable era Jeannette... siempre metiendo las narices donde no le llamaban...

»Tras conseguir que callara me despedí. Sabía todo cuanto quería conocer. Me tocaba a mí patentizar la evidencia de] caso. Tenía la corazonada de que no resultaría fácil. Yo podía estar seguro de que Saint Alard había hecho desaparecer el frasco de trinitrina del lavabo de John Wilson, pero para convencer a los demás necesitaría aportar pruebas. ¡Y no tenía ninguna!

»¡No importa! Sabía..., eso era lo importante. ¿Recuerda nuestros problemas en el caso Styles, Hastings? También en aquel caso sabía... pero me llevó mucho tiempo encontrar el último eslabón que completara mi cadena de pruebas contra el asesino.

»Solicité una entrevista con la señorita Mesnard. Acudió en seguida. Le pedí la dirección del señor de Saint Alard.

»Una mirada de inquietud ensombreció el rostro de la joven.

»-¿Para qué la quiere, monsieur?

»-Mademoiselle, me es necesaria.

»Parecía vacilante... turbada.

»-No puede decirle nada. Es un hombre cuyos pensamientos no son de este mundo. Apenas se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

»-Posiblemente, mademoiselle. No obstante, era un viejo amigo del señor Déroulard. Quizá pueda informarme de algunas cosas... cosas del pasado... acerca de viejos rencores... de antiguas intrigas amorosas.

»La muchacha se ruborizó y se mordió el labio.

»-Como quiera... pero... pero... Ahora tengo el convencimiento de que estaba equivocada. Fue muy amable por su parte acceder a mi petición, pero entonces estaba trastornada... casi enloquecida. Ahora me doy cuenta de que no existe ningún misterio que esclarecer. Déjelo, se lo ruego, monsieur.

»La miré fijamente.

»-Mademoiselle -dije-, a veces a un perro le resulta difícil encontrar un rastro, pero cuando lo ha encontrado, ¡nada en este mundo se lo hará dejar! Es decir, ¡si es un buen perro! Y yo, mademoiselle, yo, Hércules Poirot, lo soy.

»Sin proferir palabra salió de la estancia. Unos minutos más tarde regresó con la dirección anotada en una hoja de papel. Abandoné la casa. François me esperaba en la calle. Me miró con ansiedad.

»-¿Hay noticias, monsieur?

»-Ninguna todavía, amigo mío.

»-¡Ah! ¡Pauvre monsieur Déroulard! -suspiró-. Yo también compartía sus ideas. No me gustan los curas. Pero no diría algo así en la casa. Todas las mujeres son muy devotas... y quizá sea mejor. Madame est tres pieuse... et mademoiselle Virginie aussi.

»Mademoiselle Virginie? ¿Ella "tres pieuse"? Al recordar aquel rostro apasionado bañado en lágrimas de nuestra primera entrevista me extrañó.

»Tras haber obtenido la dirección del señor de Saint Alard no perdí el tiempo. Llegué a las inmediaciones de su castillo en las Ardenas, pero tuve que aguardar varios días hasta dar con el pretexto que me permitiese la entrada en la casa. Al final lo conseguí. ¿Se imagina cómo? ¡Pues nada menos que como fontanero, mon ami! Fue cuestión de un momento provocar un pequeño escape de gas en su dormitorio. Salí en busca de mis herramientas y tuve buen cuidado de volver con ellas a una hora en que me constaba que tendría el campo libre. Casi ni yo mismo sabía lo que buscaba. No creía en la posibilidad de encontrar algo comprometedor. Él jamás habría corrido el riesgo de guardarlo.

»Con todo, cuando vi un armario, cerrado, encima del lavabo, no pude resistir la tentación de saber lo que contenía. Fue un juego de niños abrirlo con una ganzúa. Al abrir la

puerta descubrí que estaba repleto de viejos frascos. Los inspeccioné uno a uno con mano temblorosa. De repente proferí un grito. Imagínese, amigo mío, tenía en la mano un frasquito con la etiqueta de una farmacia inglesa, en la que figuraba escrito: Comprimidos de trinitrina. Tomar uno en caso necesario. Mr. John Wilson.

»Dominando mi emoción, cerré el armarito, guardé el frasco en mi bolsillo ¡y me puse a reparar el escape de gas! Se ha de ser metódico. Luego abandoné el castillo y tomé el primer tren que salía para mi país. Llegué a Bruselas muy avanzada la noche. A la mañana siguiente estaba redactando un informe para el préfet cuando me pasaron una nota. Provenía de la anciana madame Déroulard, requiriéndome para que me personara sin demora en la casa de la Avenue Louise.

»Me abrió la puerta François.

»-Madame la Baronne le espera.

»Me condujo a sus aposentos. Se hallaba sentada majestuosamente en una amplia butaca. Ni rastro de mademoiselle Virginie.

»-Monsieur Poirot -dijo la anciana señora-. Acabo de enterarme de que usted no es lo que pretende aparentar. Es un funcionario de la policía.

»-Eso es, madame.

»-¿Vino a mi casa para investigar las circunstancias de la muerte de mi hijo?

«Repliqué nuevamente:

»-Eso es, madame.

»-Me complacería saber si ha hecho algún progreso.

»Titubeé.

»-Primero me gustaría saber cómo se ha enterado de todo ello, madame.

»-Por alguien que ya no es de este mundo.

»Sus palabras, y el modo ensimismado en que fueron proferidas, me helaron el corazón. Fui incapaz de articular una respuesta.

»-Por tanto, monsieur, le ruego encarecidamente que me informe con la máxima exactitud de los progresos que ha hecho en su investigación.

»-Madame, mi investigación ha terminado.

»-¿Mi hijo?

»-Le mataron deliberadamente.

»-¿Sabe usted quién lo hizo?

»-Sí, madame.

«-¿Quién, entonces?

»-El señor de Saint Alard.

»La anciana señora negó con la cabeza.

»-Está en un error. El señor de Saint Alard es incapaz de un crimen semejante.

»-Tengo en mis manos las pruebas.

»-Le encarezco una vez más que me lo cuente todo.

»En esta ocasión obedecí, examinando paso a paso el camino que me condujo hasta el descubrimiento de la verdad. Ella me escuchaba atentamente. Al final movió la cabeza asintiendo.

»-Sí, sí, todo es como usted dice, excepto en una cosa. No fue el señor de Saint Alard quien mató a mi hijo. Fui yo, su madre.

»La miré con asombro. Ella continuó asintiendo con la cabeza.

»-He hecho bien en mandarle llamar. Es la Providencia del buen Dios el que Virginie me haya contado lo que hizo antes de partir al convento. ¡Escuche, monsieur Poirot! Mi hijo era un mal hombre. Perseguía a la Iglesia. Llevaba una vida pecaminosa. Y con él arrastraba a otras almas; pero aún había cosas peores. Una mañana, al salir de mi cuarto, en esta misma casa, percibí a mi nuera de pie en lo alto de la escalera. Estaba leyendo una carta. Vi como mi

hijo se deslizaba hasta situarse a sus espaldas. Un rápido empujón, y ella, su mujer, rodó escaleras abajo; su cabeza chocó contra los peldaños de mármol. Cuando la recogieron, estaba muerta. Mi hijo era un asesino, y sólo yo, su madre, lo sabía.

»Cerró los ojos por un instante.

»-No puede imaginarse, monsieur, mi agonía, mi desesperación. ¿Qué hacer? ¿Denunciarlo a la policía? No me atrevía a hacerlo. Era mi deber, pero mi carne era débil. Además, ¿me creerían ellos? La vista me fallaba desde hacía algún tiempo... argumentarían que me había equivocado. Guardé silencio. Pero mi conciencia me remordía. Callándome, yo también era una asesina. Mi hijo heredó la fortuna de su esposa. Prosperó, subió como la espuma. Y ahora le iban a nombrar ministro. Perseguiría aún con más fuerza a la Iglesia. Y además estaba Virginie. La pobrecita niña, piadosa por naturaleza, se sentía fascinada por él. Mi hijo poseía un extraño y terrible poder sobre las mujeres. Vi lo que iba a ocurrir. Me sentía impotente para impedirlo. Él no abrigaba ninguna intención de casarse con Virginie. Llegó el momento en que la pobre se hallaba dispuesta a entregarse totalmente a su capricho.

»Entonces vi claramente mi camino. Era mi hijo. Yo le había dado la vida. Yo era responsable de sus actos. ¡Antes había destruido el cuerpo de una mujer, ahora iba a destruir el alma de otra! Entré en la habitación del señor Wilson y me apoderé del frasco de comprimidos. Una vez, bromeando, comentó que contenía suficientes comprimidos para matar a un hombre. Fui al estudio y abrí la gran caja de bombones que siempre tenía sobre la mesa. Por error abrí la caja sin empezar. La otra se hallaba también encima de la mesa. Sólo quedaba en ella un bombón. Eso simplificaba las cosas. Nadie comía bombones salvo mi hijo y Virginie. Aquella noche retendría a la joven a mi lado. Todo sucedió tal como lo había planeado...

»Hizo una pausa, cerrando los ojos un momento. Volvió abrirlos lentamente.

»-Monsieur Poirot, estoy en sus manos. Me dicen que no me quedan muchos días de vida. Estoy dispuesta a rendir cuentas por mi acto ante el buen Dios. ¿Debo también rendirlas aquí, en la tierra?

»Vacilé.

»-Pero el frasco vacío, madame -dije a fin de ganar tiempo-, ¿cómo se explica que estuviera en posesión del señor de Saint Alard?

»-Cuando vino a despedirse de mí, monsieur, se lo puse dentro del bolsillo. No sabía cómo deshacerme del frasquito. Estoy tan enferma que no puedo moverme mucho sin ayuda, y de encontrarlo vacío en mis aposentos podía levantar sospechas. Comprenda, monsieur... -se irguió majestuosamente- ¡que no fue con la intención de involucrar al señor de Saint Alard! Ni me pasó por la imaginación. Me figuré que su criado, al encontrar un frasco vacío, lo tiraría sin darle mayor importancia.

»Incliné la cabeza.

»-Lo comprendo, madame -dije.

»-¿Y cuál es su decisión, monsieur?

»Su voz era firme y segura, la cabeza erguida, como siempre. Me puse en pie.

»-Madame -dije-, tengo el honor de desearle buenos días. He llevado a cabo mis investigaciones... ¡y he fracasado! El asunto está cerrado.»

Durante un momento Poirot guardó silencio, luego dijo quedamente:

-Ella murió justo una semana después. Mademoiselle Virginie pasó su noviciado y a su debido tiempo tomó las órdenes. Ésa, amigo mío, es la historia. Debo admitir que hice un triste papel.

-¡Pero si no fue un fracaso! -objeté-. ¿Qué podía pensar dadas las circunstancias?

-Ah, sacre, mon ami -exclamó Poirot, recobrando de nuevo su vivacidad-. ¿Es que no lo ve usted? ¡Fui treinta y seis veces imbécil! Mis células grises no funcionaron, todo el tiempo tuve en mis manos la verdadera pista.

-¿Qué pista?

-¡La caja de bombones! ¿No lo ve? ¿Habría cometido semejante error una persona que viera perfectamente? Sabía que madame Déroulard tenía cataratas... lo supe por las gotas de atropina. Sólo había una persona en la casa cuya visión defectuosa le impidiera ver qué tapa tenía que colocar. Fue la caja de bombones lo que me puso sobre la pista, y sin embargo, durante toda la investigación, no supe darme cuenta de su verdadero significado. Y también fallaron mis dotes de psicólogo. De haber sido el señor de Saint Alard el criminal jamás hubiera conservado en su poder un frasco comprometedor. Encontrarlo era una prueba de su inocencia. Sabía ya por mademoiselle Virginie que era un hombre muy abstraído. ¡En conjunto fue un caso desdichado el que acabo de referirle! Esta historia sólo se la he contado a usted. Compréndame, ¡no hago un buen papel en ella! Una anciana comete un crimen tan sencilla y hábilmente que yo, Hércules Poirot, me equivoco por completo. Sapristi! ¡Es irritante pensar en ello! Olvídelo. O no... recuérdelo; y si en cualquier momento cree que me estoy volviendo presuntuoso... no es probable, pero podría darse el caso...

Disimulé una sonrisa.

-Eh bien, usted me dirá «caja de bombones». ¿De acuerdo?

-¡Trato hecho!

-Después de todo -dijo Poirot ponderativamente- ¡fue una experiencia! ¡Yo, que indudablemente poseo en la actualidad el mejor cerebro de Europa, puedo permitirme ser magnánimo!

-Caja de bombones -murmuré suavemente.

-Pardon, mon ami?

Mientras Poirot se inclinaba hacia mí con una expresión interrogante miré su rostro inocente y mi corazón se conmovió. A menudo me había hecho sufrir, pero yo, aunque no poseyera el mejor cerebro de Europa, ¡también podía permitirme ser magnánimo!

-Nada -mentí, y encendí otra pipa, sonriéndome para mis adentros.